

14 cmj

R-91823

EL INFELIZ SANTIAGO

POR PAUL FEVAL

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

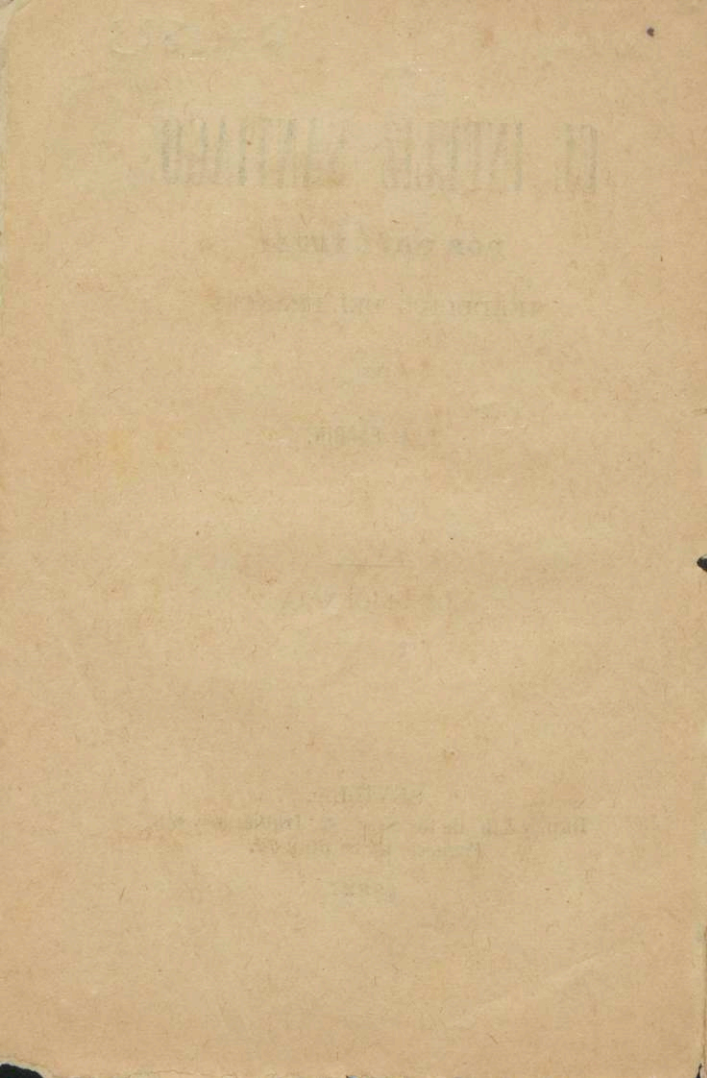
J. A. PAADIN.

CON LICENCIA.

SEVILLA.

Imp. y Lib. de los Sres. A. Izquierdo y sob.,
Francos, núms 60 y 62.

—
1882.



I.

Frecuentemente se veía en la antecámara del cardenal de Fleury un anciano de fisonomía vulgar y triste; del mismo modo que se le viera en la de los últimos Ministros del difunto Rey y en la del cardenal Dubois, *factotum* del Regente. Sentábase en el lugar más retirado de la habitación, como queriendo evitar todo roce con los demás pretendientes. Bajo su brazo llevaba un voluminoso manuscrito. Su traje, de los mas sencillos y acusando largos servicios, era siempre el mismo. Los veteranos de la antecámara decían que este hombre hacía ya trece años que solicitaba con el mismo traje, el mismo memorial y el mismo éxito.

Santiago Cassard tendría entonces la edad de cincuenta y ocho años. Su nombre, pronunciado ante la gente de mar, evocaba apenas un vago é incierto recuerdo y producía en cualquier otra persona una sonrisa de compasión. Era, pues, un anciano de pobre traza, mal vestido, habitando Dios sabía dónde, importunando á Su Ema. con obstinacion im-

propia y, lo que es peor, del todo inútil. La librea ministerial, que le conocía de antiguo, le había bautizado con este nombre: el infeliz Santiago.

Una sola vez los favores de la corte fueron dispensados à Santiago Cassard. En 1713, de regreso de una campaña gloriosa en las costas de Africa y en el golfo de Méjico, Luís XIV le nombró capitán de navío y caballero de San Luis; pero la paz de Utrecht, ocurrida en el mismo año, hizo inútil tal nombramiento. Cassard, que había procurado al Tesoro sumas inmensas, no conservó para sí más que la gloria; era pobre, y no pudiendo obtener mando alguno, debió comenzar su ruda tarea de pretendiente.

Pero, necesario es decirlo, si algun hombre hubo inepto é inhàbil para esto, lo fué nuestro bravo marino. Rudo de lenguaje, inflexible, melancólico y tan arrogante que sus contemporàneos le negaban la parte de gloria que con tanto valor conquistara, Cassard llegaba à la casa del Ministro con semblante hostil y resueltas pretensiones. No suplicaba, como todos los demás: lo que Su Ema. quisiese concederle en su liberalidad, una prebenda, una pension, cualquier beneficio, en fin; reclamaba una *cosa que le era debida*; cosa que en todos los ministerios origina singulares dificultades. Con frecuencia se le propusieron rentas en forma de indemnizacion, porque sus servicios eran de aquellos que hablaban demasiado alto para no relegarlos por completo al olvido. Pero entonces Cassard retorcia fieramente su canoso bigote, diciendo:

—Yo pido justicia, y nada quiero que, so color de indemnizarme ó recompensarme, sea una parte de los despojos del pueblo.

Y presentaba un memorial de diminuta letra y colosales dimensiones, que hubiera espantado al más intrépido de los empleados.

El memorial, á pesar de esto, era concluyente. Hé aquí en sustancia, lo que en él se exponía:

En 1709, la Francia, por consecuencia de un invierno el más horrible de que se conservaba memoria, fué afligida con una escasez general. De todas las provincias, principalmente de las del Mediodía los lamentos llegaban hasta el Trono. Luis XIV, para alejar en cuanto fuese posible este azote, dispuso pedir al Gran Señor, por conducto de M. de Friol, su representante, autorizacion para comprar cereales bajo el pabellon francés en las escalas de Levante, lo cual fué permitido por Su Alteza.

Al puoto, la ciudad de Marsella hizo partir 26 buques. La guerra estaba encendida por toda Europa, y el Mediterráneo, cubierto por cruceros de diferentes naciones enemigas, ofrecía una de las más peligrosas navegaciones. La ciudad de Marsella temiendo por el regreso de sus naves, buscaba un reputado marino que pudiese escoltarlas. Cassard, aunque joven entonces, era ya conocido por sus brillantes hazañas marítimas. Los comerciantes marseleses le suplicaron saliese al encuentro de su flota y la escoltara hasta el puerto.

Cassard escogió dos buques de guerra, el

Eclatant y el *Serieux*, y, siguiendo la costumbre, los armó por completo á sus espensas. Los regidores debían, despues de la campaña, reembolsarle de sus adelantos y abonarle además una fuerte suma como premio del servicio hecho á la ciudad.

Cassard se hizo á la vela. Otras veinticinco embarcaciones mercantes de Marsella, se colocaron bajo su proteccion en la rada y no quisieron abandonarle. En esta época le hubieran voluntariamente erigido altares en la ciudad. Todos estos ricos y ávidos comerciantes veían en él, no al hombre que iba á llevar algun alivio á la provincia hambrienta, sino al campeon de los capitales puesto fuera de su poder para el armamento de su convoy.

La ciudad en masa, con sus regidores á la cabeza, fué á saludar las dos naves en el momento de levar y dar la vela. Estrechábanse las manos, orábase devotamente para obtener la pronta vuelta del capitan, y en su honor las gorras y sombreros fueron suspendidos y agitados.

Los dos buques navegaron juntos hasta el cabo Negro, en cuyo lugar se separaron. El *Serieux* siguió su rumbo escoltando el segundo convoy hasta Malta. El *Eclatant*, á cuyo bordo iba Cassard, se adelantó al encuentro de las embarcaciones cargadas de cereales, con las que se unió y siguió luego.

Sobre la costa de Africa, á la altura de Biserte, señaló el vigía, en la misma direccion de la nave, una escuadra inglesa de quince velas. En el mastil de mesana de

uno de estos buques veíase un pabellon cuadrado.

Bien pronto se declaró el temor en la flota marselesa, que emprendió la fuga á toda vela. El *Eclatant* era un buque de cincuenta y cuatro, en buen estado y de mucho andar; Cassard hubiera podido seguirla, pero cumplió con su deber. Para proteger la fuga de las embarcaciones mercantes, se puso al paio y aguardó á los ingleses. Estos, asombrados de tal exceso de audacia, cayeron seguidamente sobre él. Tres buques le rodearon, y Cassard no muestra otra intencion que la de ser sepultado con gloria bajo los restos del suyo.

Sin embargo, con su mosquetería solamente, respondió á los dos primeros ingleses que maniobraron para colocarle entre dos fuegos. Su velàmen hallábase todavía intacto, y cuando los ingleses creían segura su victoria, Cassard pasa por medio de ellos á tiro de pistola y larga una andanada por ambos costados. El efecto fué inmediato y terrible; las dos naves, acribilladas, desarboladas, se reunieron en desórden al resto de la escuadra, y Cassard se encontró solo frente al tercer inglés que llevaba el pabellon cuadrado y lucia setenta portas.

Volvió á cargar su artillería; los marinos, animados con el ejemplo de su jefe, cuyo peligro parece exaltar su arrojo, hacen maravillas. El inglés, que se prepara á arrojar sus arpeos de abordaje, es abordado y sólo escapa á una segura presa gracias á un incendio que se declara de repente en su popa.

El *Eclatant* tuvo que desprenderse à toda prisa.

Despues de esta increible proeza, realizada à la vista de una escuadra de quince velas, Cassard, pensando que en adelante la flota de mercaderias estaba fuera de peligro, trató de huir à su vez. Toda la escuadra le persiguió; pero el *Eclatant* era, como hemos dicho, de mucho andar. Al amanecer sólo dos buques ingleses quedaban à la vista. Cassard se preparó de nuevo al combate.

Esta segunda lucha tuvo lugar frente à Porto Farino, cuyos habitantes, reunidos en la ribera, aplaudian con entusiasmo las sàbias y atrevidas maniobras del capitan francés.

Cassard, en efecto, logró alejar una tras otra, y despues de un combate que no duró mas de una hora, las dos naves enemigas. La menos fuerte huyó y se juntó à la escuadra cuyas velas asomaban en el horizonte. La otra, poderosa embarcacion de sesenta y cuatro cañones, quedó tan maltratada, que se fué à pique en el acto, mientras que Cassard entraba triunfante en Porto Farino.

El *Eclatant* habia recibido en los dos combates ocho cañonazos en su linea de flotacion. Mástiles, velamen y jarcia estaban acribillados. Perdiera ademàs sesenta hombres. El *Serieux* se le reunió bien pronto, así como los buques que conducían las mercancías. Cassard, no habiendo podido todavia reparar sus averías y no encontrándose en estado de seguir su viaje, encargó al *Serieux* que escoltase la flota hasta Marsella, como tuvo lugar.

Cassard tampoco se apresuraba. En su conciencia existia la conviccion de que habia llenado sus deberes. Despues de detenerse algo en Porto Farino, prosiguió su viaje á Francia, apoderándose en su camino, ya de un inglés cargado de aceites, ya de una pequeña flota de corsarios holandeses. Cuando la mar estaba en calma y ninguna vela blanqueaba en el horizonte, el buen capitan, sonriéndose y frotándose las manos, se entregaba á pensamientos halagüeños, preocupándole agradablemente la acogida que en Marsella le aguardaba. ¡Qué alegría y reconocimiento por parte de estos honrados comerciantes! El *Serieux* anticiparía sin duda el relato de sus proezas. Su retorno iba á ser una verdadera ovacion.

A la vista ya de Marsella se apresuró á arreglar su persona para no deslucir la fiesta que iba con seguridad á ofrecérsele.

El *Eclatant* arrojó el ancla; mas no produjo ni en el puerto ni en la ciudad movimiento alguno perceptible. Asombrado Cassard, salta á su canoa y desembarca luego en el muelle. Ningun alto y grueso regidor, ningun comerciante, ni el de menos importancia si quiera, estaba allí para recibirle.

El capitan se formalizó de pronto; era aquello una falta de consideracion para el menos extraño; mas aún no llegará el término de las sorpresas.

En la casa-ayuntamiento, todos estos amables comerciantes, que no tenían bastantes sonrisas para animarle á partir, le exhibie-

El Infeliz Santiago.

ron sus desagradables rostros, afeados por un inequívoco mal humor.

Cassard no podia sufrir esto con paciencia. Exasperado ante esta inícuca acogida, recurrió á su voz de abordaje é hizo temblar sobre su sillón al mismo preboste. Exigió perentoriamente sus gastos de á bordo, que comprendiendo el pago de marineros, armamento, reparaciones, etc., etc., ascendían á más de dos millones, y luego la indemnización prometida.

No es propio del carácter de un comerciante responder si ó nó como otro hombre, sobre todo cuando este comerciante ha nacido bajo el hermoso cielo del Mediodía. Los regidores, llenos de espanto por la terrible voz del capitán, trataron de parlamentar.

Uno de ellos no se avergonzó de ofrecer 50.000 escudos.

Cassard salió indignado; pero antes agotó el enérgico vocabulario de á bordo, para atestiguar toda su indignación y su profundo desprecio.

Si tuviese sobre el *Eclatant* bombas y morteros, Marsella, dado el carácter indomable de Cassard, corría gran riesgo de ser incendiada en aquel día. En lugar de este recurso extremo, á los tribunales acudió el marino; pero el comercio marsellés era rico.

El dinero con que el mismo Cassard llenara los bolsillos de estos avaros traficantes, sirvió, quizás, para agasajar los jueces del presidial que desestimaron su demanda, y, en fin de cuentas, Cassard fué declarado sin

derecho bajo el pretexto de que *no habiendo su mismo buque escollado hasta el puerto la flota de mercancías, las cláusulas del tratado verbal se encontraban sin cumplir.*

Cassard apeló del presdial al Parlamento y del Parlamento al trono y consumió fortuna y crédito en sostener ruinosos pleitos para perderlo todo.

Hé aquí lo que contenía el memorial del infeliz Santiago.

II.

En una mañana del mes de Marzo de 1728, Cassard se hallaba en su puesto habitual, en un oscuro rincón de la antecámara del cardenal de Fleury. El infeliz parecía más triste aún que de ordinario. Su calva estaba despojada de la pequeña peluca, que dejara sin duda olvidada sobre la almohada de su cama. En cambio, las injurias del tiempo no se notaban apenas en sus vestidos, recubiertos de una espesa capa de polvo. Evidentemente el bravo capitán descuidó su *toilette* en aquella mañana. Alguna triste y grave preocupación no le había dejado tiempo para ello.

En la antecámara no se hallaban todavía más que él y algunos lacayos que limpiaban en sus barbas las banquetas y no le perdonaban esas miserables burlas de la clásica chusma, cuya herencia parecen monopolizar muchos viajeros y otros dependientes del comercio moderno. Cassard no les escuchaba. De vez en cuando meneaba lastimosamente su cabeza calva y arrojaba sobre el umbral

de la puerta una mirada llena de amargura y desaliento.

—¡Pobres hermanas!—murmuraba — ¡yo las arruino! Sin mí, ellas vivirían dichosas... ¡Pobres hermanas!

Y sacaba de su bolsillo una carta que releía despacio, deteniéndose en cada línea para lanzar un suspiro y levantar los ojos al cielo.

Cassard tenía dos hermanas, naturales como él de Nantes. donde cada una poseía una pequeña renta vitalicia de 1.200 libras. En la época de sus primeros y brillantes pasos, dados en su profesion de marino, Cassard se habia prometido dotarlas ricamente. Amaba en extremo á estas dos buenas y santas hijas que recibieran para él el último beso de su moribunda madre y cuya infancia protegió.

¡Y ahora, ocioso, inútil ante la vejez, se hallaba al cuidado de ellas desde hacía trece años!

Esta carta, que releía con angustia, le anunciaba que la mayor de ellas se había visto obligada á empeñar á un prestamista el título de su pequeña renta para subvenir al último envío de fondos que él, Cassard, recibiera.

Hasta entonces el viejo marino había aceptado sin remordimientos los módicos socorros que le venían de Nantes. ¡Gastaba tan poco! Pero esta carta era una revelacion aflictiva. En aquellos momentos y por primera vez, medía la profundidad, desconocida hasta entonces, de su extremada pobreza.

Por más que dijese que esta vida de pre-

tendiente, suplicio perpétuo para su alma fiera é inflexible, la soportaba con animo y no por él sino por sus hermanas que, más jóvenes, menos gastadas por el dolor, podían todavía ser felices en el mundo; la realidad, cruel, descarnada, tornaba á su espíritu. En lugar de servir á sus hermanas las arrebatava el último recurso que guardarían para los días de la ancianidad.

—¡Oh! yo economizaré—decía entonces—hasta el pan que me sustenta. Yo abandonaré mi abrigada habitacion para vivir en comunidad con los obreros, porque quizás se aproxima el momento en que al fin se me hará justicia; no se me ha de privar siempre de estos tres millones que se me deben. Yo venderé, si es necesario... ¡ay! ¿qué he de vender yo?

A medida que estos pensamientos luchaban en su cerebro, la frente del viejo marino revelaba más pesadumbre; una desesperacion verdadera invadía su corazon. Después surgian ideas locas y terribles. Quería forzar la puerta de la habitacion del ministro, y, con la pistola al cuello, gritarle:

¡He prestado mi hacienda y mis servicios al Estado, pagadme!

Las horas corrian mientras que él deliraba de este modo. Los sirvientes habian desaparecido para dejar el sitio á los hujieres de gabinete. Un enjambre de distinguidos señores, que aumentaba incesantemente, se dividía en grupos, riendo y conversando sobre las noticias del día.

Algunos, que lucían las divisas de dife-

rentes graduaciones en el ejército, se mantenían cerca de la puerta á fin de entrar los primeros. Sus rostros tenían un tinte uniforme de descontento, de ese descontento frívolo é indigesto que se disipa como por encanto á la primera sonrisa del jefe.

Estos zánganos de la corte, criticaban y se condolían que daban lástima.

—Es cosa convenida—exclamaba uno de ellos, M. de Puylaurens;—no hay favor sino para la gente de mar.

Todos ellos alzaron sus hombros enteramente empolvados.

—¡Voto á sañes, señores!—replicó otro.—Yo quiero deciros lo que, según creo, nos resta que hacer. Vistámonos de faena, perfumémonos de alquitran, ennegrezcamos nuestras manos, y sobre todo, llamémonos comerciantes. Entonces seremos mejor recibidos en la Corte.

Este gentil-hombre quiso decir una agudeza. Sus compañeros tuvieron en cuenta sus palabras y prorumpieron en tímida carcajada. En atención al lugar, era esto novedad.

—Ciertamente—replicó M. de Puylaurens.—Llamémonos Bart, Tronin..... cualquier cosa....

Antes de que hubiese terminado la frase, un hombre alto y de semblante imponente hizo su entrada con gran ruido. Llevaba el traje de teniente general de las fuerzas navales, y lucía sobre su pecho la gran placa de San Luis. De repente se produjo un movimiento en la antecámara. Todos quisieron aproximarse y saludar al recién llegado.

—¿Qué decía yo?—murmuró M. de Puylaurens.—Hé aquí uno que ha sido hecho noble bajo el último reinado, y que se da aires de príncipe.

Esto no impidió que M. de Puylaurens y sus amigos hiciesen al recién llegado un saludo casi respetuoso. El oficial general les correspondió friamente, y, como autoridad, se colocó entre ellos y la puerta. En esta posición estaba a diez pasos de Cassard.

Entonces se empeñó una nueva conversación, bien diferente de la primera. M. de Puylaurens, sobre todo, ensalzaba la Marina con poético y plausible entusiasmo, y aquel á quien se dirigía contestaba con distraída finura. Parecía impacientarse de esperar.

De repente, un grito ahogado se dejó oír en uno de los ángulos de la habitación. La fiebre del viejo Cassard alcanzaba á una especie de delirio.

—¡Justicia!—decía este desgraciado hombre, que quizá creía apretar la garganta del Ministro.—El Rey me debe, ¡pagadme!

El recién llegado se estremeció al oír esta voz y volvióse súbitamente. Después, rápido como el pensamiento, se avalanzó y estrechó al viejo marino entre sus brazos.

—¿Qué diablos tiene M. Duguay con este pobre petate?—decían los gentiles-hombres asombrados.

—¡Dios de Dios!—murmuraba la gente de librea—el infeliz Santiago tiene excelentes relaciones.

Cassard había despertado con sobresalto. Ante un señor todo cubierto de seda, de oro

y de blondas, creyó desde luego en un encanto.

Luego se fijó mejor, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Gracias, René, gracias!—dijo en voz baja y con profunda emoción.

A la verdad, no pretendemos establecer punto de comparacion entre el capitán Cassard humilde existencia predestinada al infortunio, y el distinguido Duguay-Tronin, el héroe completo, el hombre que honró verdaderamente la más brillante carrera que puede soñar la loca imaginación de un guardia marina al partir para su primera campaña.

Y, sin embargo, Cassard era también un héroe. Y una viva pena viene á embargar nuestro corazón, pensando que miserables pasiones de mostrador pudieron un día, y podrían aun en otros casos, cambiar así la gloria en duelo.

Porque, en el orden moral como en el orden físico, las heridas que se reciben de abajo son mortales. Los repñes son en su mayor parte pequeños y viven en el fango. Los miasmas deletéreos que matan al habitante de las lagunas Pontinas, nacen del agua fétida que duerme inapercibida á sus pies.

Duguay-Tronin estaba sentado al lado de Cassard. Los dos conversaron durante largo tiempo. Muchas veces la puerta de la habitación del ministro se abrió y volvía á cerrarse sin que el teniente general, tan impaciente en aquella ocasión se cuidase de ello.

Cassard refería su historia. A medida que

Duguay-Tronin escuchaba el relato de su antiguo compañero de armas, la piedad, la cólera, la indignación se retrataban en su noble fisonomía.

—¡Detestables bribones! —murmuraba entre dientes— ¡los mismos en todas partes! ¡Ellos me hubieran hecho otro tanto en San Malo si hubiesen podido!

Cassard guardaba silencio hacía algunos minutos. El de S. Malo discurría sobre los medios de hacer que obtuviese justicia. Los cortesanos repetían en su interminable asombro:

—Pero ¿qué diablos puede tener M. Duguay con este pobre hombre?

Duguay-Tronin les oyó al fin. Hizo levantar à Cassard y le arrastró hasta el centro de la sala, donde le abrazó. Luego, recorriendo con una mirada el círculo de cortesanos, les preguntó:

—¿Conoce algunos de vosotros á este pobre hombre?

Nadie—respondió.—Sólo los hujieres y criados podrían decir que se llamaba el infeliz Santiago.

—¡No le conocéis vosotros—replicó amargamente Duguay-Tronin,—y no pueden decir lo mismo los ingleses, holandeses y portugueses! ¡No se olvida su nombre entre los enemigos de la Francia! Señores, este pobre hombre es Santiago Cassard.

Y como este nombre dejaba fríos todos los rostros, Duguay-Tronin añadió con gravedad:

—Santiago Cassard, el mejor oficial de

Marina que existe hoy en Francia... ¡Vosotros me dispensais el honor de conocerme, y por una sola de sus proezas yo cambiaría todos los actos de mi vida marítima!

—¡Oh, no, no! jesto es demasiado, René, esto es demasiado!—balbuceaba el viejo marino sin poder respirar apenas por sus sollozos.

Y se estrechaba contra su noble panegirista, porque le infundía vergüenza aquella gloria que de repente venía á iluminar su miseria.

Nosotros no conocemos nada más hermoso que esta exageracion de un grande hombre exaltando á costa suya los méritos de un desgraciado compañero de armas. A causa de este rasgo y de varios servicios entremezclados con los prodigios de su vida militar, René Duguay-Tronin se nos ofrecía como el tipo caballeresco y puro por excelencia de la grandeza marítima de su siglo. Cada uno de los competidores ó émulos del gran Bretón ó cada uno de sus rivales, no llegó á obtener los resplandores de su fama. Solo Duguay-Tronin marcha con paso siempre firme de un extremo al otro de su larga carrera, prudente, intrepido, hábil, lleno de honor y de generosidad.

Entre tanto, Cassard, cortada por esta inesperada emocion, estaba allí pálido, indeciso, próximo á desfallecer. M. Duguay llamó á uno de los hujieres y le encargó que condujese á su hotel al capitán.

—El señor teniente general me dispensará —dijo el criado.—¿Pero donde se halla situa-

do el hotel Duguay-Tronin?

Una sonrisa de miserable venganza satisfecha apareció al mismo tiempo en todos los labios.

El de San Malo dijo con sencillez.

—Yo conozco cuatro buques á los que se quiso dar este nombre. En tanto que á un posadero no se le ocurra darlo á su hotel, yo habito en el tercer piso del de Bretagne, calle de la Croix-des-Petits-Champs... Id, pues.

Respondiendo así al criado, fingió engañarse respecto al sentido de su insolente pregunta. Cuando este último partiera ya con Cassard, Duguay-Tronin, volviéndose hácia los gentiles-hombres:

—Señores—dijo—mis abuelos no tenían hotel alguno; yo no tengo que hacerle. Mi morada es un buque del Rey y vengo solamente á la corte cuando Su Majestad se sirve llamarme.

Los cortesanos no se sonreían ya: el paralelo era demasiado picante. Ellos sitiaban sin descanso la antecámara del Ministro, mientras que el recuerdo real iba á buscar al valiente marino hasta su buque.

Duguay se calló. Fué á sentarse en el sitio en que de ordinario lo hacía Cassard y aguardó su turno. Había venido al palacio para dar gracias á Su Eminencia por recientes favores de la corte; pero cuanto más esperaba, más el relato de Cassard dominaba su espíritu. Cuando al fin fué introducido, había olvidado del todo el primer motivo de su visita.

El ministro estaba solo. Al entrar, Duguay

saludó con aire preocupado, y arrojando su sombrero sobre un mueble, adelantó un sillón hasta cerca del de Su Eminencia.

M. de Fleury le miraba con asombro: ordinariamente se le hablaba de pié y con sombrero en mano. Sin embargo; como la jurisprudencia cortesanesca cerraba los ojos sobre muchas cosas con respecto á los marinos, Su Ema. se dignó conservar en su boca esta arruga risueña y dulce que cuadraba bien con su reputacion de dulzura.

—Esperamos—decia—que M. Duguay tenga motivos de contento respecto de nosotros.

—¡Irritado estoy, monseñor!—exclamó éste, cuya cólera á duras penas contenida durante su espera, se escapaba ahora con tanta mas violencia.

El Cardenal retiró instintivamente su sillón.

—¡Exponer su vida noche y dia—continuó el de San Málo enardeciéndose;—gastar fuerzas y bienes; habérselas con los elementos cuando todavía el enemigo no se presentara, y ganar cada una de nuestras horas con el sudor de nuestra frente: he aquí nuestra existencia, monseñor!

—Pero...—Quiso decir el ministro.

Duguay-Trouin le interrumpió.

—Y esto, en mi opinion, merece justicia, si no recompensa.

—¿Teneis, pues, de qué quejaros, M. Duguay?

—No en cuanto á mí, monseñor, que doy gracias á S. M. así como á V. Eminencia.; pero yo encontré aquí en vuestra antecámara

entre sirvientes que le ridiculizan y jóvenes cortesanos que ignoran su nombre, según creo, puesto que para designarle emplean un mote despreciativo...encontré un hombre de más valer el solo que cuanto contiene vuestra antecámara entre sirvientes y gentiles-hombres monseñor; un hombre que ha puesto muy alto el honor del pabellon francés en el Mediterráneo, sobre las costas de Africa, en las Antillas y en otras partes, en el mundo entero; un hombre...

—¿Quién es él?—preguntó asombrado el Cardenal.

Duguay no hizo caso de esta interrupcion.

—Un hombre—continuó—que ha prestando servicios tan grandes, que el difunto Rey decía no poderlos pagar bastante; un hombre, en fin, que no quiere ni pensiones ni recompensas; que pide justicia, y á quien se desprecia años hà ..

—¿Cassard?—adivinó el Cardenal á este último dicho.

—Cassard, en efecto, monseñor.

—Nosotros reflexionaremos, M. Duguay, nosotros haremos de modo...

—Monseñor—interrumpió aquel á su vez

—mientras que un ministro reflexiona, un hombre sufre y muere.

El Cardenal se levantó ofendido.

—Si Cassard hubiese reflexionado en lugar de obrar—replicó imperturbablemente Duguay-Tronin—¿qué sería muchas veces del honor de la Francia?... ¿V. Ema. no tiene quizás presente el recuerdo de sus gloriosas expediciones?

—Sí señor—dijo el Cardenal.

—Entonces V. Ema. me seguirá sin dificultad en un cálculo que me atrevo á ponerle. En Cabo Verde, Cassard arrebató á los portugueses algo más de tres millones. Después de haber destruido é incendiado las posesiones portuguesas, hizo rumbo hacia las Antillas. Llegado delante de Montserrat...

—Ya sé, señor, ya sé—dijo todavía el Cardenal.

—¡No quiera Dios qué piense yo lo contrario!—repuso M. Duguay, que recobraba su sangre fría á medida que M. de Fleury parecía perder la paciencia —Un gran Ministro, como V. Ema., está obligado á conocer los méritos de todos los jefes de mar y tierra... El que llevó á cabo un brillante hecho de armas, monseñor, con notable provecho para el tesoro... Pero sobre todo en Artigoa...

El Cardenal hizo un gesto de impaciencia.

—Lleguemos luego al combate de Surinam—replicó el de San Malo.—Cassard no disponía allí sino de una débil escuadra en muy mal estado, como sabe muy bien V. Ema.: tres navios, cinco fragatas y dos caiques. Con sólo esto, ha hecho tales prodigios que serian bastantes para cubrir de gloria una escuadra completa.

—¡Señor!—exclamó el Cardenal, principiando á encolerizarse.—Nosotros contamos edad bastante para conocer la historia de nuestros tiempos:

Duguay se inclinó y dijo:

—Pues que este asunto disgusta à V. Ema. es necesario terminarlo sin demora. Tres millones en Cabo Verde; más de tres millones en las Antillas; cuatro millones y seiscientas mil libras en Surinam, hacen, si no me engaño, diez millones y seiscientas mil libras, proporcionados por Cassard al Tesoro en un solo año... Por todo esto, y por haber pagado con su sangre el pan que un dia ofreció à media Francia hambrienta, Cassard, despojado por los mismos cuya fortuna hizo, arruinado, escarnecido, muriendo de hambre en cambio, pide justicia al Rey, monseñor, contra los bandidos del comercio de Marsella.

El Cardenal había recobrado la calma. Era justo y bueno, y la leal palabra del marino le había impresionado.

—Señor teniente general—dijo ya calmado, —Cassard prestó à S. M. servicios que estoy muy lejos de contradecir, y creo poder afirmar que si hubiese reclamado su legítima recompensa, el Rey se la hubiera concedido largo tiempo hace; pero, ya lo habeis dicho, exige justicia y en todo pleito hay dos partes. El Rey no es juez ni tampoco el Ministro del Rey. La comunidad de comerciantes de Marsella sirva tambien de cierto modo al Estado, y es un cuerpo poderoso y respectable. Debo decir que los hechos, objeto de la causa, me fueron narrados de tal suerte, que juzgo haber allí materia para réplica:

—Si V. Ema. confía en mi honor,—exclamó con impetu Duguay—yo estoy dispuestto à prestar juramento...

El Cardenal le interrumpió con un gesto

de dignidad, pero tambien de profunda y afectuosa admiracion.

—¿Quién—dijo—no tendria confianza en el honor de Duguay-Tronin?... Señor teniente general, yo os he hablado segun el deber de mi cargo, y añado que el amigo, el antiguo compañero de armas de nuestro mas ilustre marino tendrá en en mí un protector. Yo tomaré parte en el asunto, y tanto como la imparcialidad lo permita, lo examinaré animado de un espíritu favorable. ¿Nada tenéis que pedir al Rey para vos?

—Monseñor—respondió el de San-Malo, —no dudo que para algo vine; pero os suplico me dispenseis; he olvidado lo que deseaba.

Saluda y se retira, y en el umbral de la puerta añade:

Llevo la promesa de V. Ema. respecto de Santiago Cassard, y os la recordaré, monseñor, en tiempo y lugar.

III.

El cardenal de Fleury no se olvidó de su promesa, y el asunto de los tres millones fué de nuevo tratado en Consejo. El ministro tenia en favor de Cassard la ancianidad y la multitud de cuidados de éste; y en contra las oficinas, el embrollo, la juventud y el crédito del comercio de Marsella,

Existia entonces, como existe aún, como existirá siempre, el sordo, el temible poder de las oficinas.

En una ocasión he referido la miseria de

José Dupleix, arruinado é insultado todavía, por los empleados de Hacienda, después de haber sido señor del Imperio de las Indias. Cassard precedió á Dupleix en este camino, y tuvo una suerte parecida. Exasperado por su larga y atroz tortura, desde los agentes de que tenía que valerse, hasta el reacio é indolente Beumarchais. Cassard perdió un día la paciencia y dejó escapar una frase imprudente contra el Rey que no le favoreció. Los empleados le pusieron en prisión, con gran contento de los comerciantes de Marsella, á quienes las oficinas costaban caras.

—

Había en el castillo de Ham, en 1140 un prisionero tan débil, tan anciano, tan miserable, que inspiraba compasión á sus mismos carceleros. Era Cassard. Su nombre de infeliz Santiago le habia seguido de castillo en castillo hasta Ham. A causa de su debilidad se le permitia pasearse *libremente* en un patio de diez piés cuadrados. Allí trazaba sobre la arena los nombres de sus dos hermanas, cartas del litoral de Africa y de Europa, y tambien alguna vez estas dos palabras: *tres millones*.

La fortaleza no era entonces una prision exclusivamente política. Había allí entre los reos políticos, condenados de todas clases. El infeliz Santiago pasaba entre ellos por un loco, y les inspiraba una desdeñosa compasion: Gustaban de oírle referir sus

El Infeliz Santiago.

campañas, que miraban como imaginarias, y su pretendida amistad con M. Duguay, el insigne marino, les divertía sobremanera, Prometiánle como se hubiese hecho con un niño, que harían le fuesen entregados los tres millones; se burlaban de él, pero sencillamente; sus compañeros de cautiverio le dejaban toda el agua de sus cantaros, y no le robaban más que la mitad de su pan.

Una vez, durante el curso de su tan ocupada vida Duguay-Tronin se habia acordado de Cassard; y escribiera al ministro para pedirle cuenta de su promesa. El anciano Cardenal (tenia entonces ochenta y cuatro años), se informó al punto, y engañando según costumbre por aquellos á quienes se dirigió, respondió á M. Duguay con una carta lisonjera en extremo, donde exponia el informe de las oficinas, á saber, que se habia encausado á M. Cassard. En su último viaje á París, el ilustre hijo de San Malo exigió sin duda más amplias explicaciones; pero la muerte le arrebató en el mes de Setiembre de 1726.

En cuanto á Cassard, murió prisionero en 1740, á la edad de setenta años.

Sobre su tumba un bufon, creyendo hacer un chiste, escribió por epitafio los títulos que el anciano se daba:

Aquí yace

*el infeliz Santiago, capitan de navio, á
quien la ciudad de Marsella
debe tres millones de tornesas.*

Y era la pura verdad.

Añadamos para ser justo, que largo tiempo despues de su muerte, los empleados y comerciantes de Marsella perdonaron á Santiago Cassard, pues que, con satisfaccion de las oficinas, varios de nuestros buques de guerra han llevado su nombre. Nosotros todavía tenemos el aviso *Cassard*, que quizás esté llamado á sostener el honor de nuestro pabellon al lado del navio *Duguay-Tronin* (1).

FIN.

(1) Acaba de publicarse *Duguay-Tronin y San Malo, la ciudad corsaria*, por el abate Possiam, profesor en San Malo; obra curiosa que comprende la biografia de aquel héroe, una discripcion del *corso*, esta guerra de aventuras maritimas, y de la pintoresca ciudad de San Malo, cuya época gloriosa el abate Peulin recuerda con justa animacion. Consideramos oportuno citar aquí esta obra, al terminar la traduccion de un trabajo del insigne escritor Paul Feval, en que tanto se honra á Duguay-Tronin.

